

## POR QUÉ SON IMPORTANTES LOS CLÁSICOS?

**Fernando de la Cuadra**

¿Por qué los clásicos continúan siendo fundamentales?; ¿Hasta dónde es posible estudiar la vida social a partir de los clásicos?; ¿Qué nos aportan los clásicos para interpretar y comprender las claves de la realidad contemporánea?; ¿Por qué ciertos autores continúan siendo relevantes para pensar nuestras actuales sociedades?; ¿Qué aspectos de su teoría los transforma en autores clásicos? Cuando pensamos en los clásicos de la sociología, casi que inmediatamente surge ante nosotros el hecho de que muchas de las preguntas claves que se formularon aquellos pensadores que son considerados como clásicos, son las mismas preguntas que nos inquietan en la actualidad:

¿Qué permite a las sociedades mantenerse cohesionadas y funcionando pese a las contradicciones que se incuban en su interior?; ¿Es inmanente a los seres humanos poseer una disposición para integrarse al grupo? ¿Es parte de la "naturaleza humana"? Si los individuos son modelados por la sociedad a través de diversos mecanismos de socialización, ¿cuál es su capacidad de procesar y agenciar creativamente sus vidas? O tal como certeramente lo enuncia Anthony Giddens ¿Hasta qué punto somos agentes creativos controlando activamente las condiciones de nuestra vida o será que lo que hacemos es el resultado de fuerzas sociales generales que se encuentran fuera de nuestro control? (Giddens y Sutton, 2017). ¿Los ciudadanos necesitan ser parte integrantes de algún colectivo u organización? ¿Y los líderes y representantes se encuentran constreñidos por algún tipo de mandato soberano que emerge desde las personas? O antes de eso, como bien sugiere Canales: ¿Hacia dónde va la sociedad?; ¿En qué consisten las sociedades humanas? (Canales, 2014).

Estas son algunas de las interrogantes que continúan formando parte de las categorías axiales de lo que podríamos denominar como la problemática sociológica. Como hijos de su tiempo, estos clásicos son intérpretes de la modernidad, no de todas las modernidades, sino de una en particular, la modernidad europea y occidental. Y aun cuando estos pensadores construyen sus análisis y categorías desde la experiencia del viejo continente, sus ideas son universales en tanto develan los diferentes aspectos del comportamiento humano en tanto nos constituimos como actores sociales.

¿Por qué el canon de la sociología actual considera que existen tres clásicos: Marx, Durkheim y Weber? De acuerdo con Giddens, que ha consagrado en el mundo anglosajón este trio matricial, en las obras

de todos ellos se pueden encontrar – a pesar de sus profundas diferencias – un intento por comprender y desmenuzar las principales regularidades y bases de las sociedades en las cuales estaban inmersos. No obstante, muchos de los aspectos expuestos en dicho contexto histórico específico, estos tres autores no deben ser asumidos en ninguna circunstancia como intérpretes del pasado. Los clásicos – nos dice Giddens – son fundadores que todavía nos hablan con una voz significativa: “Ellos no son solamente reliquias anticuadas, sino que pueden ser leídos y releídos con provecho, como fuente de reflexión sobre problemas y cuestiones contemporáneas.” (Giddens, 1998, p 15).

Tal como nos advierte oportunamente el mismo Giddens, fue muy probablemente Talcott Parsons en su libro *La estructura de la acción social* (1937), quien estableció por primera vez el canon de aquello que se conoce como los “clásicos” de la sociología. En dicha publicación, Parsons apunta que existió una generación de pensadores que establecieron las bases de la sociología -a partir del concepto acuñado anteriormente por Auguste Comte- en una genealogía que se instituye en un periodo que no supera las tres décadas, es decir, en aquella etapa reconocidamente fecunda que va desde 1890 a 1920. Si por un lado Parsons, con su traducción de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*<sup>1</sup>, permitió la difusión de las ideas de Weber en el espacio anglosajón, con su definición de intervalo generacional, por otra parte, dejó fuera a Karl Marx, autor que posteriormente sería incluido entre los tres próceres de la sociología.<sup>2</sup>

De acuerdo con Parsons esta generación que produjo su obra en la transición del siglo XIX para el XX, rompió definitivamente con las formas de interpretación de la realidad social más especulativas que las precedieron, superando las construcciones basadas en un cierto “diletantismo” al cual eran proclives muchos pensadores que utilizaban la filosofía moral con propósitos más imaginativos que los que posibilitarían la construcción de un cuerpo de conocimiento que colocase los cimientos de una ciencia fundada en un esqueleto teórico y metodológico más riguroso y sistemático. Estos eran los elementos indispensables a ser considerados para emular a las ciencias naturales en su aspiración

---

<sup>1</sup> A pesar de las objeciones que puedan ser realizadas al “Weber de Parsons”, no hay duda de que el sociólogo estadounidense fue el estudioso que más precozmente ayudó en el ámbito de la sociología en lengua inglesa a hacer de Weber el personaje de esa extraordinaria estatura en que se transformó para las generaciones venideras. (Giddens, 1998).

<sup>2</sup> Lo cierto es que para muchos sociólogos la obra de Marx fue vista como representando un aporte significativo a la filosofía, a la economía e inclusive a la ciencia política, aspecto último que Marx aborda especialmente en el *18 Brumario de Luis Bonaparte* y en *La guerra civil en Francia*. Pero Marx no era reconocido con mucha convicción por la corriente principal, más inclinada a reverenciar la obra de Durkheim y Weber. Ya más recientemente, con la “caída del muro” y el colapso del comunismo soviético (también llamado de socialismo real) como modelo para un orden social alternativo, tuvo consecuencias en el hecho de que Marx figuraba como un serio candidato a ser despojado de su estatus de clásico. (Giddens, 1998.).

de convertirse en una ciencia con propiedad y según todos los requisitos exigidos por el método científico.

La sociología se fue abriendo camino en la medida que comenzó a disputar su espacio como una ciencia válida, una ciencia que –al decir de Durkheim – se propone estudiar los hechos sociales como cosas, es decir, no que los hechos sociales posean alguna materialidad o concreción, sino que ellos sean abordados con el mismo método y “derecho” que las cosas materiales. Para defender su argumento Durkheim expone:

Se ha considerado paradójico e indigno que asimiláramos las realidades del mundo social a las realidades del mundo exterior. Y, sin embargo, todo esto era una pura equivocación sobre el sentido y alcance de esta asimilación, cuyo objeto no es rebajar las formas superiores del ser a las formas inferiores, sino, por el contrario, reivindicar para las primeras un grado de realidad por lo menos igual a aquel que todo el mundo reconoce a las segundas. (Durkheim, 2001, p. 20).

En su alegato, el sociólogo francés busca sentar las bases de una ciencia que permita organizar la realidad y aventurarse en su disección, tal como las ciencias naturales se sumergen en el estudio de sus principales objetos de investigación, donde el sociólogo sea capaz de rescatar para el dominio científico aquellas regiones del conocimiento que aún se mantienen oscuras e inexploradas. Imbuido de tal espíritu, Durkheim se propone superar la filosofía especulativa y diletante, dando énfasis a aquellas entidades observables que pudieran ser conocidas a través de la observación, el experimento y la comparación. ¿Qué puede ser más fidedigno de un clásico que aquel esfuerzo ardoroso por establecer las bases de una nueva ciencia que venga a esclarecer los contornos difusos y sombríos de una realidad inescrutable?

Tanto la propuesta de Durkheim, como de sus antecesores, Comte, Spencer o el propio Marx se sitúan en el marco de la comprensión de sociedades dinámicas que emergen de la modernidad. Ciertamente todos ellos son hijos de la modernidad y de los grandes ideales seculares de la civilización occidental que tuvo su momento de inflexión en el iluminismo y el humanismo en tanto cuestionamiento de un orden basado en designios de la naturaleza o de fuerzas supra terrenales. Las creencias mágicas y religiosas son substituidas por el racionalismo de la Ilustración que dejó su impronta intelectual y cultural a partir del siglo XVII y que permea a todas las modalidades de pensamiento que emergen de dicho contexto, tanto aquella vertiente liberal individualista como de un conjunto de desdoblamientos socialistas utópicos y revolucionarios decurrentes de tales trayectorias. Todos ellos

son herederos de esta tradición humanista (y se quiere antropocéntrica) y de esta fuente matricial, en la cual las ciencias sociales en general, y la sociología en particular, se nutren persistentemente.

Por otra parte, la integridad de estos clásicos utiliza los recursos propios de las ciencias sociales en un sentido amplio. No son ellos pensadores exclusivamente del campo de la sociología, pues sus baterías teóricas y conceptuales poseen una indiscutible dimensión multidisciplinaria, interdisciplinaria y transdisciplinaria, conjugando aspectos de la filosofía, la psicología, la moral, el derecho, la ciencia política, la economía, la antropología, la lingüística o la geografía.

Una clasificación contemporánea sobre la pertinencia de los aportes teóricos de los clásicos se asocia con la perspectiva contextualista defendida por el inglés Giddens (1998) y la perspectiva analítica de Jeffrey C. Alexander (1999). En la primera, el sociólogo británico se ha inspirado en los trabajos de Quentin Skinner sobre la historia intelectual y su visión historicista. Para Giddens es necesario situar la obra de los autores en relación a la intencionalidad o intención que tenían dichos pensadores a partir de determinados contextos en los cuales se encontraban insertos. La palabra contexto no significaría simplemente situar la obra de los autores en un momento histórico en particular, sino que sobre todo implicaría comprender que es lo que pretendían decir efectivamente dichos autores cuando escribieron sus textos, "para que tipo de público los escribieron y cuál era la calidad del problema o cuestiones que ellos tenían en mente al formularlos". (Giddens, op. cit., p. 17).

Por lo mismo, para intentar entender la obra de Durkheim, por ejemplo, sería conveniente aplicar el principio de Wittgenstein según el cual para conocer la elección de un agente es preciso saber lo que ese agente aplica en relación a su propia acción en un contexto social específico. Tampoco sería posible conocer la visión crítica de Weber sobre las determinantes económicas que daría origen al capitalismo en la teoría marxiana, sin abordar las relaciones y los debates que estableció éste con otros intelectuales y políticos influidos por la concepción marxiana, muchos de los cuales se agrupaban en torno al Partido Social-Demócrata alemán. De forma tal que su ensayo *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* fue escrito, en parte inspirado en los aportes realizados por Marx -no ignorados por Weber- y en parte para establecer un contrapunto teórico con la interpretación economicista sobre el origen del capitalismo. Weber no descarta del todo la visión del "materialismo histórico" marxiano, sino más bien busca proponer una interpretación sobre la influencia que tuvo una variante específica del calvinismo que poseía una afinidad con aquello que podría considerarse el "espíritu del capitalismo". Sus diferencias con algunos marxistas que

simplificaron o “vulgarizaron” la obra de Marx, no lo lleva a desconocer la fuerza del orden económico capitalista sobre los individuos, aunque rechaza aquellas visiones reduccionistas que le atribuían a la economía una sobre determinación en el proceso de formación de las mentalidades de los sujetos.

En otras palabras, Weber se mostraba contrario sobre todo de aquellas visiones simplistas que imputaban exclusivamente el origen del capitalismo al desarrollo de las fuerzas productivas, sin considerar otras esferas o factores -como los religiosos, éticos y culturales- en la conformación de un espíritu singular propios de las comunidades protestantes luteranas de occidente. Lo que él pretendía realizar, según sus propias palabras, era “determinar la influencia de ciertos ideales religiosos en la formación de una ‘mentalidad económica’, de un *ethos* económico, fijándonos en el caso concreto de las conexiones de la ética económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético”. (Weber, 2016, p. 65). En resumen, no sería posible comprender dichas disputas sin abordar paralelamente el contexto y el campo de fuerzas políticas que operaban en la Alemania de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, periodo en el cual Max Weber produjo su monumental obra.

Al final no es vano pensar que todos los pensadores de una determinada época comparten aquello que los alemanes denominan como *Zeitgeist* o el espíritu de un tiempo, que expresaría el clima intelectual y cultural que permea a las naciones, a los ciudadanos y, por cierto, a los pensadores, intelectuales y artistas que habitan en ese espacio territorial. En suma, conocer la opinión y las intenciones de un autor en un momento histórico delimitado constituye una cuestión de suma importancia para esta perspectiva, aportando elementos indispensables para superar las “excentricidades del relativismo”. (Giddens, 1998).

Ya en el caso de Jeffrey Alexander, sostiene que es necesario mirar a los clásicos a partir de las categorías conceptuales construidas por ellos, las cuales permiten ser utilizadas en nuestros días sin perjuicio del marco histórico en que fueron elaboradas. Así, según Alexander, las categorías construidas por un autor a partir de su intencionalidad no soportarían un examen riguroso ya que supone que los textos situados históricamente pueden ser leídos e interpretados con mayor facilidad: “Lo que sustenta el historicismo es la creencia de que el mundo real, en su gloria primitiva y remota, solo se revelara al investigador si este sabe cómo y para donde mirar”. (Alexander, 1999, p. 76).

Para el sociólogo estadounidense no se puede sostener que la historia o el contexto socio-histórico nos permita comprender las sociedades, ya que dicho contexto no pasa de una quimera y reposa en la vana pretensión de creer que las intenciones de un autor sean recuperables, así como el contexto

en el cual la producción intelectual es producida. Apoyándose en la evidencia arrojada por el psicoanálisis, Alexander replica que Freud ya ha demostrado que las intenciones integrales de los agentes son desconocidas hasta por ellos mismos, con mayor razón por aquellos que ni siquiera lo conocen. Su relativismo y escepticismo cognitivo lo lleva a concluir "perseguir el significado de una teoría a través de la intencionalidad consciente del autor es, seguramente, pura pérdida de tiempo". (Alexander, op. cit., p. 77).

Nos inclinamos a pensar que un abordaje analítico del texto a partir de problemáticas propias de nuestro tiempo presente no se contradice radicalmente con la posibilidad de situar a los clásicos en un marco histórico que de luz respecto a tradiciones intelectuales que hicieron posible la formulación de ciertas ideas en determinados momentos y no en otros. (Botelho, 2013). En otras palabras, las ideas que surgen a partir de los escenarios de oposición en los que se encuentran inmersos y de los cuales son tributarios otros pensadores, nos posibilitan entender la formación de aquellas corrientes intelectuales que nutren la producción teórica de cualquier disciplina. Pues al final parece evidente que la naturaleza y el alcance de las preocupaciones que intentaron desvendar los clásicos (cambio social, modernidad, desarrollo, capitalismo, industrialización, urbanización, progreso, reforma, lucha de clases, revolución, etc.) son una clara expresión de la época que les tocó vivir y reflexionar. Una época de transformaciones profundas que afectaban al conjunto del cuerpo social. Con ese predicamento y rescatando la acertada síntesis de Canales, "Marx, Durkheim y Weber practican unas sociologías orientadas, casi fijadas, por la sociedad histórica y local que vivieron, que ayudaron a construir y que, cómo no, también les constituyó". (Canales, 2014, p. 11).

Por otra parte, recuperar a los clásicos no significa asumirse como acólitos de una religión omnisciente, ni representa una adhesión acrítica de su pensamiento, sino que principalmente implica una recuperación de algunas de sus categorías fundamentales que nos ayuden a inspirarnos, que nos permitan utilizarlos con pertinencia en el proyecto interminable de tratar de comprender como funcionan las estructuras y los agentes sociales, cuáles son sus regularidades y cómo es posible utilizar dicha comprensión para proponer y/o construir claves explicativas de lo que sucede en la vida social, cuya dinámica propicia permanentemente la elaboración de nuevas interpretaciones y nuevos conceptos que sean capaces de renovar la comprensión profunda o esencia de aquello que se nos presenta como apariencia.

La presente edición de los Cuadernos de Sociología se propuso recuperar y compartir algunos de los trabajos efectuados por el Curso de Sociología Clásica, los cuales se plantearon analizar temáticas y problemas contemporáneos a la luz de la teoría elaborada por los tres padres fundadores de la sociología. En ellos encontramos desde temas que abordan desde una perspectiva marxista las consecuencias de la alienación, el consumo, la explotación y los desafíos de la ciudadanía en el marco de sociedades neoliberales hasta el análisis -desde una visión Weberiana- de cuestiones asociadas con la emergencia de liderazgos neofascistas (*urfascistas* en la terminología de Umberto Eco)<sup>3</sup>, pasando por una reflexión sobre las políticas públicas de educación sexual (y moral) a partir del recrudecimiento del síndrome VIH en la población joven o los desdoblamientos analíticos de un tipo de suicidio -tal como expuesto por Durkheim- según aparece retratado en la exitosa serie "*Por 13 razones*".

Por cierto, este es un pequeño recorte de una infinidad de cuestiones que podrían ser abordados recuperando y utilizando a los clásicos, que con otros signos y nos siguen interpelando e interrogando como científicos sociales. Con todas sus diferencias, Marx, Durkheim y Weber se caracterizaron por desvendar las formas y trayectorias que asumieron los países europeos en el proceso de transición de sociedades tradicionales a sociedades modernas y su auténtica vocación de elaborar un pensamiento que permitiera concebir caminos de mayor realización y de una vida más digna para toda la humanidad. Pensamos que ese es el enorme legado que nos dejaron los clásicos, cuyas preocupaciones y teorías continúan vigentes para descifrar las nuevas realidades y complejidades que se nos plantean en el mundo actual.

Quizás la mejor manera de concluir esta breve introducción a los textos que vienen a continuación, sea parafraseando una cita de Italo Calvino que se encuentra en su ensayo *Por qué leer los clásicos*: "Un clásico es un pensador que nunca termina de decir lo que tiene que decir".

---

<sup>3</sup> Para un mayor desarrollo del concepto, ver Umberto Eco, 2018.

- Alexander, Jeffrey C. (1999). "A importancia dos clássicos", en: Anthony Giddens y Jonathan Turner (orgs.) *Teoria social hoje*. São Paulo: Fundação Editora da UNESP, pp. 23-89
- Botelho, André (2013). "O universo dinâmico dos clássicos da sociologia", en: André Botelho (org.), *Sociologia Essencial*. 1º edición, São Paulo: Penguin Classics/Companhia das Letras, pp. 9-29.
- Canales, Manuel (2014) "Tres sociólogos mirando la misma sociedad", en: Octavio Avendaño y otros, *Sociología. Introducción a los clásicos*. Santiago: LOM Ediciones, pp. 9-21.
- Durkheim, Emile. (2001) [1895]. *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Ediciones AKAL.
- Eco, Umberto (2018). *Contra el fascismo*. Santiago: Editorial Lumen.
- Giddens, Anthony (1998). *Política, sociología e teoría social: encontros com o pensamento social clássico e contemporâneo*. São Paulo: Fundação Editora da UNESP.
- Giddens, Anthony y Sutton, Philip W. (2017). *Sociología*. 7º edición. Madrid: Alianza Editorial.
- Weber, Max (2016) [1904] *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, 2º edición, México: Fondo de Cultura Económica.